

Legiones



FÉLIX SUÁREZ

Leoncio, el escribano

Escribo diariamente con el dolor a cuestras, a ratos, entre un informe y otro, comido por oscuros remordimientos e impronunciables celos que me degradan. Sé que no alcanzaré las glorias de mi vecino el poeta, ni mi nombre quedará escrito sobre las placas y plazas de mi ciudad. Y lo que es peor: también por eso, Celia, la de cansinos ojos, ha de negarme el lujo de sus rotundas piernas y pechos.

Esfinge

Meto la mano al foso, muy lentamente, como para inclinarla a mi favor. Le doy trozos de carne, versos de sangre y miel, vísceras que ella deglute con toda calma, mientras un sol de piedra, afuera, redora las pulidas naranjas del verano.

Sé que vive contenta de sentirme suyo, sujeto a su brutal imperio de tactos y finísimos perfumes. Y sé que duerme en paz, en otro sitio, conforme de saberse amada, y de que yo, sin calma, me enrede cada noche, un poco más, en el redil confuso de su pelo.

Centinela

La he esperado inútilmente toda la noche anterior. Fuera de su casa, a oscuras, he sido un árbol comido por larvas y lluvias ácidas del norte. Y he tenido frío.

Por eso hoy, mientras bebía a solas, agobiado por lumbres y oscuros pensamientos sin sosiego, he deseado miserablemente la desgracia de otros —la suya, la mía propia, la del tarado Hippias que manda aquí—. Y he pedido firmemente, oh diosa, que así sea.

Gineceo

Murmuran entre sí cuando ella pasa a su lado, navegando. Filtran babas y venenos tiernísimos de doble filo. Sé que en el fondo desearían su misma suerte: yacer sin mayor culpa, con dos y tres hombres diferentes.

Declaración de parte

Que he perdido el tiempo, Quintiano. Ni lo digas. En todos estos años de vigor, pude haber acumulado fortuna, criado fama y haber escrito, sí, todos esos libros de versos por los que hoy preguntas. He perdido el tiempo, lo sé bien. Otros, no sólo han conseguido el aplauso unánime del pueblo de Roma: hasta en Las Galias se menciona con admiración sus nombres. Otros más —me dices tú— han ganado ya el lugar de los sofistas en las plazas y en los grandes torneos literarios.

Me he quedado atrás. El tiempo se me ha ido como un carro sin auriga, y yo, aquí, engegucido, entre sencillas cosas y lances sin importancia. Viviendo nada más.

Estoy perdido: no sabrán de mí por el filo de mi espada y menos aún por la gloria de mis pobres versos. He perdido el tiempo, Quintiano. Dices bien.

Lidia

Demórate, hermosa Lidia,
Demórate en ese gesto suave y tuyo
con que desnudas tus caderas.